

ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS DE FORD

LOS aliados de Ford en la OTAN no están satisfechos de la política del Presidente Ford con respecto a la Península Ibérica. La política de los Estados Unidos, en general y desde una antigüedad histórica —no demasiado lejana: el país va a cumplir sus primeros doscientos años—, es siempre simplificadora y elemental. Se complicó semánticamente a partir de la última posguerra y de la extensión de su Imperio a base de una contradicción enloquecedora: la necesidad de sostener en el lenguaje sus compromisos de guerra y posguerra —defensa de las libertades, mundo libre, democracia, Derechos del Hombre, Carta de la ONU, etcétera— con la realidad imperial y con una obsesión anticomunista que procedía directamente de 1917, pero que se había agudizado. Los europeos se quedaron en Descartes y en una afición a la lógica que casaba, casa mal, con el enredo de los Estados Unidos. A partir de los últimos años y de una colección de esclarecimientos políticos generales, se ha tratado de hacer coincidir verbo con acción, y ciertos actos de la política de los Estados Unidos quedan demasiado descarnados. Una mayoría de los aliados de la OTAN —y de la propia opinión pública de los Estados Unidos— no consideran coherente con el espíritu de la organización y del tiempo en general una forma de repudiar a Portugal, miembro de la OTAN, y de tratar de incluir a España, cuyo Régimen trata de defenderse de la invasión de la democracia. Podría encontrarse un compendio de este asombro de la opinión en un fragmento de editorial de «Le Monde»: «Al mismo tiempo, en Bruselas como en Madrid, los dirigentes americanos han estado en la punta de la campaña de "vigilancia" lanzada en dirección de Portugal, cuando tan complacientes habían tolerado la presencia en los consejos atlánticos de los representantes del Régimen autoritario de los coroneles griegos, sin hablar del Portugal de Salazar, luego de Caetano. Helos aquí lanzados en flecha para asociar de una manera o de otra al sistema atlántico a un país tan poco democrático como España» (3 de junio).

ESTAS maneras ligeramente hipócritas de los demócratas europeos parecen demostrar que ignoraban la realidad de la OTAN o que han creído alguna vez en la letra del Tratado de 1949 (del prefacio: «Están determinados a salvaguardar la libertad, herencia común y civilización de sus pueblos, fundadas en los principios de democracia, libertad individual y dominio de la ley»), cuando su propio comportamiento durante los años oscuros de la guerra fría era completamente contradictorio. El hecho principal de la Alianza y de su mano militar era muy directamente el enfrentamiento contra el comunismo, y, más concretamente aún, contra la Unión Soviética: esgrimir términos de democracia o libertades individuales no era más que un arma verbal y teórica contra el totalitarismo, la dictadura y la desaparición de libertades públicas en el mundo de Stalin, que estaba entonces en todo su vigor.

ES cierto que la Historia ha variado en estos últimos tiempos, y que los Estados Unidos han llegado a una serie de contactos y de acuerdos, oficiales y privados, con la Unión Soviética post-staliniana, hasta el punto de que el peligro de guerra ha disminuido —no digamos que ha desaparecido, porque no es cierto; incluso en este último año ha aumentado el riesgo ligeramente— y numerosas formas de guerra fría han desaparecido. Pero no por ello los Estados Unidos abandonan su posición. No pueden ni desean abandonarla porque en estos tiempos la OTAN se

ha convertido en uno de los más válidos instrumentos para su hegemonía, o «leadership», o como se le quiera llamar, en Europa y sobre los países de Europa. No podrían los Estados Unidos dejar de mantener la tensión necesaria para que siga en pie la idea de que hay siempre un enfrentamiento pendiente entre el bloque comunista y el capitalista, y que el comunismo, en todas sus manifestaciones, debe ser atacado de raíz. Nada más lógico, por lo tanto, que repudie a Portugal, donde hay un partido comunista fuerte y próximo a las Fuerzas Armadas —quizá menos próximo de lo que los Estados Unidos ven—, y trate de reforzar una España donde entre tanta confusión como embrolla su actualidad, sigue claro el predominio del anticomunismo en todos los sectores públicos y en bastantes privados.



La política de los Estados Unidos es de blanco y negro, de simplificación: para ellos no hay mejor oposición al comunismo que cortarle el paso como sea.

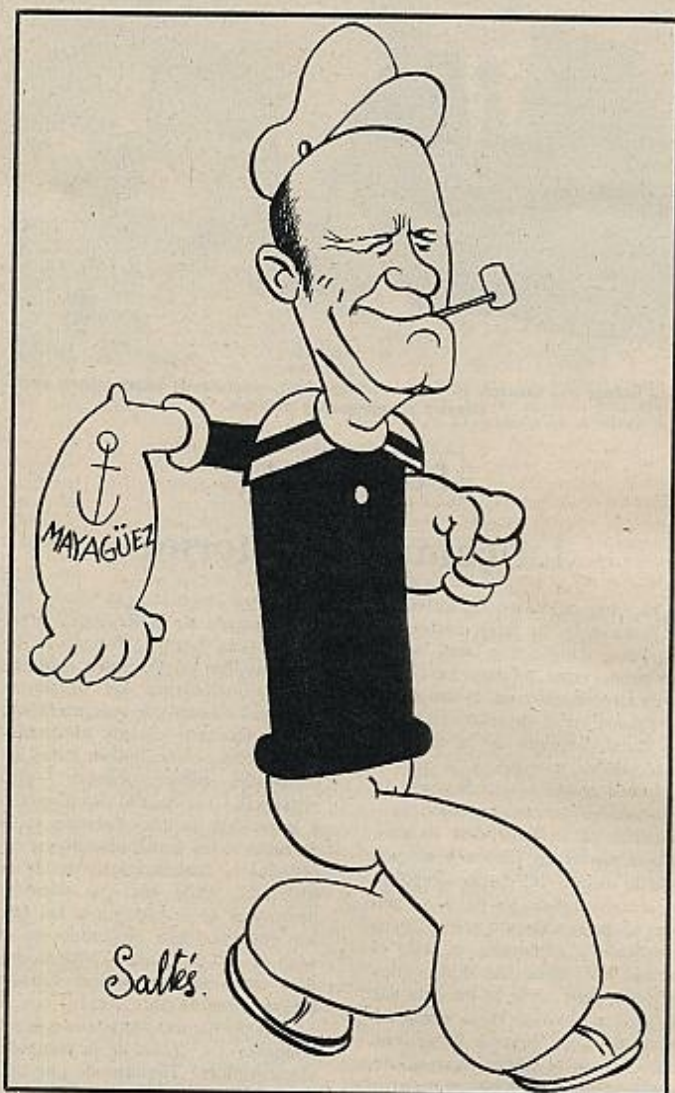


Ford fue un guerrero frío de primera categoría, un hombre que admiraba la lucidez y la inteligencia de su jefe, Nixon, y no tiene plasticidad para cambiar.

UNA vez más, sin embargo, se plantea un matiz muy fácil de entender para españoles, porque es todo el eje actual de los movimientos políticos nacionales, que consiste en entender que una de las formas de contención del comunismo es precisamente resaltar las formas democráticas y las libertades individuales. Ford no ha llegado nunca a ese capítulo del manual. Repitamos que la política de los Estados Unidos es de blanco y negro, de simplificación y de esquemas: para ellos —como para tantas fuerzas españolas— no hay mejor oposición al comunismo que cortar el paso como sea, y no cabe duda de que la democracia es uno de esos pasos para que el comunismo se haga visible, como la escritura simpática al contacto con un reactivo. Ford ha pasado toda una vida en el Senado sin demasiada complicaciones ideológicas y tratando de salvarse de pensamientos demasiado complejos: fue un guerrero frío de primera categoría, un hombre que admiraba la lucidez y la inteligencia de su jefe, Nixon, y no tiene plasticidad para cambiar. Coincide con un Kissinger a quien la vida hace cada vez más conservador, cada vez más lejano del profesor que fue en otros tiempos.

LA opinión de su país no ha sido en general favorable a este tipo de acción. Reproduzcamos un pequeño párrafo de un editorial del «New York Times» (4 de junio): «Aun cuando Washington se limitara en su política a la cuestión de la renovación de un acuerdo para el uso de las bases militares españolas, impartir tal espectacular bendición por el Presidente a la última reliquia del fascismo anterior a la segunda guerra mundial puede ser contraproducente». Pero, ¿no es la visita de Ford una simple continuación de una larga política, de una serie de acuerdos económicos, militares, políticos y culturales, de los pactos para las bases, de otras visitas quizá no tan largas (pero estas cuestiones no suelen medirse en minutos), como la de Nixon y la de Eisenhower? ¿Qué tienen que alegar países europeos que tienen a su vez no sólo embajadores bien establecidos, sino numerosos acuerdos, importantes inversiones y hasta cuchicheos políticos llenos de sobreentendidos con las fuerzas españolas que apoyan al Régimen y al Sistema? Si ha variado este país en algo, ha sido en el sentido de alejarse —ligeramente, es cierto— de su carácter de reliquia, según la fraseología del «New York Times» de buscar algunas formas, algunos nombres, algunos hombres. ¿Por qué ahora el escándalo? Está claro: Es una cuestión de oportunidad. Las imágenes que han visto y han leído los americanos y los europeos son «untimely», dice el «Times»: Fuera de tiempo. Inoportunas.

Y de ahí proceden las groseras palabras con las que Kissinger —esto es, «un alto funcionario del Departamento de Estado», según dicen las informaciones: un portavoz de Kissinger— alertó a los periodistas



que estaban llegando a Madrid en el avión presidencial: «Nuestra visita a España no significa que nosotros aceptemos al general Franco y su política, sino que una vez más reconocemos la importancia de las bases americanas en España para la defensa de Europa, especialmente en relación con el papel que España tendrá para la seguridad occidental después de Franco. Es preciso comprender, por lo tanto, el viaje como una marca del interés de los Estados Unidos por la transición gubernamental que se operará durante los cinco años por venir». Estos eran los huéspedes a los que se esperaba con banderas, gallardetes, homenajes y discursos: oportunistas, tergiversadores, alteradores de la realidad.

Si algo hay de reliquia en la España actual, es la reliquia de una posguerra y de una guerra fría que los Estados Unidos configuraron en Europa de acuerdo y de buena gana por parte de sus aliados europeos, de los predecesores de los gobernantes actuales. En ese mundo de la «paz americana» se inscribió España como se inscribieron otros muchos países de Occidente: unos por voluntad y vocación propias; otros, por falta de opciones. Los propios Estados Unidos son en sí una reliquia de la guerra fría, una reliquia de la doctrina Truman, de la «política del borde del abismo», de la constitución de unos países fronterizos en sus zonas imperiales. Una reliquia que se destruye en el tiempo... ■